

VIOLETA FERRERA

# HABLAR DE LA VIDA

Cuando la vida golpea, triunfa el amor



## *Prólogo*

Cuando hayas terminado de leer la última estrofa de este libro, y creas que la historia de Violeta Ferrera ha llegado a su fin, inmediatamente sentirás que en verdad, ha sucedido todo lo contrario: la bellísima aventura que acaba de ocupar un lugar en tu corazón, recién comienza a florecer en ti.

Aquella persona que eras, que creías conocer mucho antes de iniciar la lectura de este texto, será ahora una persona diferente. Créeme, no volverás a ser igual.

Sin embargo, más allá de los méritos narrativos que la autora presenta y asoman en esta novela basada en un hecho real, existe también “Alguien especial” que es protagonista destacada en este libro: María, nuestra dulce Madre.

A pesar de que el personaje principal de la historia parecería centrarse en una mujer llamada “Clare”, me atrevería a constatar sin temor a equivocarme, que la verdadera protagonista de este bellissimo texto, es la Virgen María. Pero su incondicional humildad, la sitúan siempre como alguien que “aparece” por simple “casualidad” en nuestras vidas.

En aquellos momentos oscuros; en las circunstancias adversas, ahí se encuentra María para decirnos: “¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu Madre?”

Quizás algo así le sucedió a Violeta Ferrera. Tal vez cuando ya parecía embarcarse rumbo a las aguas de un mar abierto, tranquilo y seguro, algo ocurrió en su vida.

El inmenso telón del teatro celestial, súbitamente se desplegó para invitarla a contemplar la inconmensurable grandeza de Dios.

Pero además de aquel inmenso despertar, la autora también pudo ver con los ojos del corazón, la dulce belleza que María derramaba sobre su alma. La Virgen le ofrecía su Amor, pero a cambio, la invitaba también a derramar aquel Amor por todo el mundo.

Tal vez, la autora no entendió al principio lo que estaba sucediendo. Quizás, su incredulidad la llevó a desconfiar un poco de las cosas que estaban aconteciendo en su vida. No sabía que su don —su talento—, no sólo nacía de las letras volcadas en un papel, sino en la tarea que María le estaba encomendado: hablar de la vida, hablar del Amor.

Así es toda tarea que se ejerce bajo la protección del Manto Sagrado de María. No importa tanto cuál sea la función que uno realice en su vida. Lo que sí importa, es procurar hacerlo siempre bajo la tierna mirada de María. De este modo lo hizo Violeta Ferrera al narrar esta historia. Y así lo seguirá haciendo...

**José Sépi**

# *Capítulos*

## *I - XII*

# Capítulo I

## *El reto que lo cambia todo*

Mi compañera de piso, me llevaba en coche hacia la universidad tocando el claxon en cada semáforo. En Madrid, las personas siempre tienen prisa.

Me acomodé en el asiento, y disfruté del gentío imaginando que era un espectáculo de aves rapaces: “¡Mira! ¡Ese peatón podría ser un halcón! ¡Y aquel otro, una lechuza común!”

Eso me hizo recordar las palabras que una vez dijo Santa Teresa de Lisieux: «Yo me considero un débil pajarito cubierto únicamente por un ligero plumón. Yo no soy un águila, sólo tengo de águila los ojos y el corazón, pues, a pesar de mi extrema pequeñez, me atrevo a mirar fijamente al Sol divino, al Sol del Amor, y mi corazón siente en sí todas las aspiraciones del águila...»

Aunque no hacía mucho frío, el cielo continuaba encapotado. Me había puesto un *jersey* muy fino y los pantalones vaqueros de siempre. ¡Ojalá la lluvia hubiera esperado hasta el día siguiente para mojar las calles! Ya son cuatro años que estoy en esta hermosa ciudad, pero el

clima aún no ha logrado conquistarme.

—¡Clare! —gritó mi compañera mientras estacionaba el coche en la puerta de la facultad — ¡Vamos, baja rápido! ¡Ahí está tu Romeo!

Se trataba de Giuseppe, el profesor de la asignatura de derecho de la información. Había una buena relación entre nosotros dos.

—El papel de Julieta no va conmigo... —afirmé, bajándome del coche mientras me colgaba la mochila. —¡Gracias por traerme! Hoy será un gran día para ti. ¡Vas a vender todos los seguros que te pongas!

—¡Ánimo, mi futura periodista! —sonrió Sara, mientras le apuntaba al profesor haciendo que le lanzaba una flecha imaginaria como si fuese Cupido.

—¡Giuseppe!! —le grité yo tratando de alcanzarlo.

Por su parte, Giuseppe se hacía el interesante y fingía no escuchar nada, pero se notaba que buscaba con sus pasos “disimulados”, provocar nuestro encuentro.

—Buenos días, Clare... —me saludó él aparentando estar asombrado—. ¡Qué sorpresa encontrarte por acá tan temprano! Hoy estás especialmente bonita... Digamos que la puntualidad te favorece.

Coqueteó Giuseppe esbozando una sonrisa pícaro mientras guiñaba un ojo.

Así era Giuseppe. Era el típico italiano que a sus treinta y tres años de edad, seguía utilizando las mismas estrategias de seducción que había aprendido en su adolescencia. Siempre estaba de punta en blanco; sin perder la elegancia. Era un persistente caballero; un hombre culto, algo introvertido, protocolar y extremadamente romántico. Y aunque hablaba divinamente el español, tenía una alianza inquebrantable con su particular acento italiano.

—Puedes ahorrarte el cumplido, —contesté, mientras le daba un abrazo.

—Sí, ya veo. Contigo no hay cumplidos que valgan —se lamentó Giuseppe, sin perder la sonrisa.

—Le pedí a Sara que me trajera en su coche. Con ella es imposible retrasarse. Ayer me robaron la bicicleta... —dije desviando la conversación. —Ahora tendré que venir todos los días en el Metro hasta que compre otra.

—Ese ladrón tiene que ser muy tonto para llevarse una bicicleta sin su dueña —dijo Giuseppe levantando una ceja y acariciando su barba bien recortada—. Si hoy me dejas que te invite a comer, te llevaré después a casa, y además te ahorrarás una comida.

—Sabes muy bien que las comodidades no me divierten demasiado —le contesté reforzando mi inaccesibilidad.

No era la primera vez que almorzábamos juntos, pero

ese día, no lo deseaba especialmente.

Sabía muy bien cómo acabaría aquella invitación: como buen caballero italiano, hablaría apasionadamente de fútbol; mientras yo me evadiría con mis pensamientos haciendo un esfuerzo por encontrar algo en él, algo que lo convirtiera en un hombre especial. Seguramente, antes de que nos sirvieran la comida, Giuseppe intentaría convencerme de que también yo debería practicar *Kick boxing* porque aportaba muchos beneficios. Después, entre plato y plato, probablemente me hablaría de la tremenda ilusión que tenía por cumplir su sueño de publicar un libro sobre el amor, y de todos los pros y contras para no empearlo. Yo entonces le respondería para darle ánimos; para intentar mostrarle que tenía infinidad de oportunidades para poder escribirlo. Y así, sucesivamente.

Yo sabía que Giuseppe era un gran tipo. Había tenido la oportunidad de conocerlo a lo largo de mi carrera, y, a pesar de sus típicos discursos, tenía mucha bondad. Es cierto que las comidas solían ser algo aburridas; tal vez algo formales, pero intuía que se trataba de una estrategia, y que esta estrategia la utilizaba siempre para sus conquistas. Quizás le había funcionado muy bien a la hora de impresionar a las mujeres.

—Acepto lo de la vuelta a casa... —le dije, mientras pensaba una idea mejor—. En cuanto a lo del almuerzo, te propongo un reto...

—¿Quieres retarme? —preguntó Giuseppe dejando las carpetas sobre la mesa.

La clase estaba a punto de comenzar. Las tres primeras filas estaban ocupadas mayormente por mujeres. En cada clase, ellas planteaban un sinnúmero de dudas. De este modo, el atractivo profesor italiano no tendría escapatoria para interactuar con ellas. Algunos de mis compañeros, tildaban a estas chicas de tener una mentalidad mediocre.

Pero en mi opinión, si te acogías a la belleza de un profesor para encontrarle una motivación extra en una asignatura, resultaba muy inteligente.

—Muy bien, Clare... —dijo sonriendo con una expresión pícar—. Acepto el reto, pero tan solo porque de ahora en adelante, vas a sentarte en primera fila delante de mi escritorio como una alumna bien aplicada.

—Soy una alumna aplicada —afirmé—. Y lo suficiente como para saber elegir dónde sentarme. A mis veinticinco años, he aprendido que es mejor no ser una competencia. Sería injusto arrebatarnos el sitio a mis compañeras, cuando ya el curso está más que empezado.

A mí me gustaba sentarme en la última fila, porque desde allí todo era más interesante: ese lugar me permitía seguir la clase sin ninguna dificultad, pero sobre todo, podía dividir mi atención entre el profesor y el resto de los estudiantes, porque también aprendía de ellos.

Durante esta privilegiada posición, yo podía observar situaciones y detalles inmensamente enriquecedores. Por ejemplo, notaba la fe y la esperanza que ponía Isabel

en cada gesto para volver a conquistar a Francisco; o la generosidad de Pablo cuando le facilitaba a John las tareas de forma desinteresada; o incluso la disciplina y perseverancia de Miguel que, a pesar de que se pasaba las noches trabajando, era capaz de anotar cada explicación sin perder ningún detalle.

Personalmente, estoy convencida de que más allá de la información que transmiten los maestros, las aulas son un verdadero espacio de aprendizaje, sobre todo, en muchos aspectos lejos de lo académico.

—¡Presten atención a cada uno de los fragmentos de este artículo! —expresó Giuseppe—. A veces, las cosas más pequeñas son las que tienen mayor valor. Yo noté por un instante, que fijaba la mirada sobre mí.

Eran las diez y diez. La clase estaba por terminar, y entonces me apresuré y guardé rápidamente mis cosas en la mochila para salir antes que el resto. Era el momento del *rush hour* en la cafetería, y la verdad, era que yo tenía mucho sueño y cero de ganas como para dejar que otros fueran los primeros en tomar un café...

Giuseppe conocía de sobra mis intenciones, así que... antes de que me escapara, iba a dar la clase por terminada ... ¡era tan predecible! Porque nada le atormentaría más que verme marchar sin concretar la cita.

—Muy bien... hasta aquí llega la clase de hoy —culminó— Los alumnos que escogieron el primer supuesto práctico, tendrán que subirlo al aula virtual antes del

próximo viernes. El resto, tiene tiempo hasta fin de mes. ¡Qué tengan un buen fin de semana!

Después se puso el abrigo rápidamente.

La desesperación por llegar hasta mi encuentro, lo hizo tropezar contra uno de los cables y entonces cayó golpeándose la nariz contra el suelo. En ese momento, yo pude ver como toda su masculinidad y galantería, eran arrebatadas por dos bolitas de un pañuelo desechable que una de sus fans, le introdujo en las fosas nasales. Eso logró contener la hemorragia. Al ver semejante desastre, corrí en su ayuda.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien? —pregunté, esforzándome por contener la risa.

—Tranquila mi nariz ha sufrido peores golpes —contestó, intentando recuperar la dignidad.

—Pero... ¡Mírate! —vacilé sin poder aguantar mucho más la risa—. ¿No tendrás algún parentesco con la familia de los hipopótamos? ¡Jajaja!

—¡Muy graciosa, señorita Clare! —expresó—. Te veo a las dos y media en mi despacho. Tenemos algunas cosas que resolver...

—Muy bien... —dije, mientras salía por la puerta y me despedía con un saludo militar, como si fuera un sargento.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —me decía María, mientras cerraba el cierre de mi mochila.

—Voy a la cafetería... ¡Estoy muerta de sueño! ¡Vamos! —le respondí con una sonrisa.

—Clare... no seas tan dura. Giuseppe esperaba un poco más de sensibilidad de tu parte —señaló María.

—Yo hago lo que puedo —respondí, encogiéndome de hombros—. Anoche me tocó reponer en el pub. Llegué a casa a las cuatro de la mañana, y encima me robaron la bicicleta. Pero no hay nada que no solucione un buen café y unos chistes matutinos.

—Tienes razón. No hay nada peor que trabajar de noche —contestó ella, arrugando el rostro entre melancólica y comprensiva.

—Ya sabes que es temporal— le mencioné, restándole pesimismo.

—¿Y qué tal el asunto con Giuseppe? Algunos ya están murmurando lo de ustedes —indagó María.

—¿Qué cosa? —dije con expresión inocente—. Sólo somos amigos... y ya lo sabes de sobra... poco y nada me preocupa lo que se hable de mí, ¿Café?

—Sí, por favor, descafeinado —respondió María, mientras gesticulaba para captar la atención del camarero—. Bueno... ya sabes cómo es la gente... ¡Les encanta inventar! Además, no olvides que estamos hablando del profesor más popular y deseado de periodismo... ¡Eso invita al rumoreo! Por eso, te guste o no, eres la envidia de muchas mujeres, incluso de la exuberante y bella profesora Gema.

—¡No seas tan sarcástica! —le regañé, dándole un ligero codazo, al tiempo que dejaba el dinero encima de la barra.

Ese día, la facultad estaba llena de estudiantes. Yo intentaba esquivarlos, corriendo por el pasillo mientras procuraba sorber un poco más de café mientras buscaba el aula.

—María, estoy de acuerdo contigo en que Giuseppe, es un hombre verdaderamente atractivo —comenté—. Pero aunque suene a utopía, créeme que el físico no lo es todo. Lo importante, también, es lo que está dentro. Y para ser sincera... aún le falta ese “algo”. No lo sé, no me termina de convencer. Tal vez sea la diferencia de edad, o simplemente, el hecho de ser tan diversos, como polos opuestos.

—¡¿Qué dices?! ¡Apenas son ocho años! ¡Y él admira tu personalidad, siempre lo dice: tu sonrisa permanente, tu espontaneidad, tu tendencia para simplificar las cosas, tu actitud optimista ante la vida... —continuó diciendo María esbozando una sonrisa.

Yo permanecía en silencio, y ella insistió:

—¡Clare, por favor! ¡Haz un esfuerzo por conocerlo más! Deja de lado los prejuicios... Y quien sabe, ¡quizás te sorprendas a ti misma!

Luego de tanto buscar, finalmente encontré la clase. Era la más grande, y la más fría de toda la facultad. María

buscaba sentarse en un lugar cercano a la pizarra. Yo, sin embargo, prefería sentarme del lado de los grandes ventanales. Había empezado a llover, y pensé que sería lindo escuchar la voz del profesor Bosco explicando apasionadamente su materia, mientras el sonido de la lluvia lo acompañaba como si fuera una banda musical.

Tal vez María tenía razón. ¿Y si yo misma había catalogado a Giuseppe a mi manera? ¿O no había sido capaz de mirar más allá de aquellas características superficiales? ¿En qué me había basado para definirlo como era?

A mí me asustan los prejuicios. Los prejuicios, sólo interpretan la realidad de forma limitada, sino que actúan como vendas en los ojos: no permiten conocer a nadie en profundidad. Además, si la venda permanece eternamente, se pierde lo más bonito y grande, se esfuma lo real... Calificar no sirve para nada...

Tal vez por eso, yo debía hacer un esfuerzo. Debía observar más allá; estaba obligada de algún modo, a explorar todo lo que había en él. Quizás nunca me enamorara de Giuseppe... hay personas que ya están predestinadas... Y a lo mejor, en nosotros dos sólo había feeling, pero, en cualquiera de los casos, Giuseppe merecía sin dudas, que le conociera inclusive por encima de mis creencias.

—Recuerden, que los tres primeros textos también entran en el examen... —recalcó el profesor Bosco, y cambiando radicalmente de tema—. Y ahora... díganme, ¿por qué quieren ser periodistas?



Daba la sensación de que el profesor tenía ganas de filosofar. Luego se sentó a esperar unas respuestas tan valiosas como la misma pregunta.

—¿Está Bromeando? —comentaban en voz baja algunos estudiantes mientras se miraban entre ellos frunciendo el ceño.

—A estas alturas de la carrera... —murmuraban otros compañeros con indignación.

—Porque todos en mi familia se dedican a esto... —le respondió Miriam al profesor. Era la orgullosa delegada de la clase; la que siempre elevaba el tono más de lo habitual.

—Me parece que es porque la comunicación, abre muchas puertas a otros campos profesionales —aseveró Anthony, intentando agradar al profesor.

Algunos alumnos de las filas secundarias, hacían pequeños gestos burlescos, como si todo fuese una burla.

—Yo creo que es para tener un empleo digno y provechoso... —musitó Juan con cierto matiz dubitativo.

—¡Ufff...! —resopló el Señor Bosco, mostrando una expresión enternecida—. ¿Se dan cuenta ustedes? Ya tengo delante de mí, a un grupo de futuros periodistas que no han manifestado en sus respuestas ninguna pasión por esta profesión. Hay que ser estudiantes curiosos y apasionados, para que el periodismo se transforme en un oficio vocacional. No se trata solo de formarse para

convertirse en expertos; es más bien una cuestión de ser apasionados. Si uno trabaja así, todo saldrá bien, sea lo que sea que hagan.

El Sr. Bosco, además de ser un hombre sabio, encandilaba con su enamoramiento hacia esta profesión. A mi parecer, tenía un don especial para contagiar ese entusiasmo suyo por la materia. Además de profesor, era un gran maestro de la vida, porque para él, la educación no era solamente una cuestión de intelecto.

Mientras algunos escuchábamos expectantes aquel toque de atención, el profesor continuó levantando ánimos de una forma un tanto impetuosa:

—Por supuesto, que escoger la vía de la pasión no es tarea fácil, pero vale la pena transitar el camino, porque la recompensa al final, será grandiosa... ¡Despierten! —exclamó—. ¡No hagan lo que hacen muchos trabajadores aborregados de nuestro país! ¡Dedíquense con tesón a realizar aquello que realmente les gusta! Porque de lo contrario, vuestro trabajo nunca será bueno y jamás serán felices ejerciéndolo, por mucho dinero que ganen.

Mientras tanto, el resto de los alumnos aprovechaba la supuesta “pausa” para mirar sus coches, ir al servicio, o hacer cualquier otra cosa que no fuera enfrascarse en aquella conversación, pues todo eso, no era más que una pérdida de tiempo para ellos.

Desde el ventanal, se hacía fácil divisar cuán pocos eran los que atendían a la profundidad de aquellos planteamientos.



# ÍNDICE

Prólogo .....	7
CAPÍTULO I: <i>El reto que lo cambia todo</i> .....	11
CAPÍTULO II: <i>La nueva mirada de Clare</i> .....	23
CAPÍTULO III: <i>Pequeñas cosas del amor</i> .....	43
CAPÍTULO IV: <i>El cuento del revés</i> .....	69
CAPÍTULO V: <i>La verdad sale a la luz</i> .....	91
CAPÍTULO VI: <i>Giuseppe no se da por vencido</i> .....	113
CAPÍTULO VII: <i>Combate final</i> .....	133
CAPÍTULO VIII: <i>Simón llega a nuestras vidas</i> .....	147
CAPÍTULO IX: <i>Un cuaderno lleno de ilusiones</i> .....	165
CAPÍTULO X: <i>Contracorriente</i> .....	183
CAPÍTULO XI: <i>Un ángel en el camino</i> .....	215
CAPÍTULO XII: <i>Encuentro con el amor de los amores</i> ..	225